



AÑO IV

→ BARCELONA 5 DE OCTUBRE DE 1885 →

NÚM. 197

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MUCHACHOS JUGANDO, cuadro por Murillo (reproduccion por el método Meisenbach)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don Angel R. Chaves.—NUESTROS GRABADOS.—EL TIESTO DE CLAVELAS (continuación), por don F. Moreno Godino.—PEPE... por don A. Sanchez Perez.

GRABADOS: MUCHACHOS JUGANDO, cuadro por Murillo.—CÉSAR BORGIA SALIENDO DEL VATICANO, cuadro por G. L. Gatterí.—ESTUDIO EN EL LIDO, cuadro por E. Rasch.—PLAZA SITIADA, cuadro por C. Probst.—GRANDES MANIOBRAS. GUERRILLAS DE CABALLERÍA.—LA TARDE DE UN DÍA FESTIVO, cuadro por Guillermo Díez.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: PROCESO DE CONSTANZA DE BEVERLEY, cuadro por T. Rosenthal.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El retorno.—Cafés y tabernas.—El menú de la temporada teatral.—Una zarzuela inédita.—El puesto de castañas.—La venta de periódicos.—Un recuerdo del siglo XVII.—El rey de las Plazuelas y el alcalde de los Jardinitillos.—Pájaros y flores.—Vicente Oms y Pedro Valls.

Ahora sí que va de veras. Los viajeros vuelven, y así como otros años en sus casas se pintaba la tristeza del que después de gratos días de solaz se entrega de nuevo a sus cotidianas tareas, hoy sus semblantes retratan el gozo del emigrado que torna a pisar el suelo de la patria. Y es que si otras veces el viaje había sido voluntario escapamiento, esta ha sido forzada emigración. Por eso los que en el andén de la estación del Norte reciben el abrazo del pariente o del amigo que espera su llegada, corresponden a él con la expansión del soldado que después de la batalla encuentra sano y salvo al compañero que ocupó el sitio de peligro.

En desprestigio de los que nos hemos quedado debemos confesar que el riesgo no ha sido tanto. La distancia abulta todas las cosas y los ausentes han creído que Madrid ha pasado por días de consternación tremenda, cuando la verdad es que sólo durante brevísimos espacios nos hemos visto presa de un temor que por fortuna no se ha justificado. Después, como siempre hacemos los madrileños, hemos sabido sacar partido de la situación, y microbios y fumigaciones han servido de tema a chispeantes epigramas y agudos chistes, hasta que por último hemos acabado por no acordarnos del cólera.

Hoy ya sólo débiles chispazos nos recuerdan la visita de la epidemia y como aún estos es de esperar se apaguen muy pronto, no creemos tarde mucho en cantarse el *Te Deum*.

Con esto volverá la tranquilidad al ánimo de los más asustadizos y Madrid recobrará por completo su antiguo aspecto.

* *

Esto ya empieza a suceder. Con las primeras brisas precursoras del otoño comienzan a abrirse los teatros; los cafés, que aprovecharon el retraimiento del estío para introducir en sus locales reparaciones y reformas, vuelven a dar asilo a sus parroquianos y aún se inauguran otros que dicen los periódicos *vienen a llenar un vacío* respondiendo a las necesidades de populosos barrios.

Entre estos merece citarse el que recientemente se ha instalado en la popular calle del Amparo y que por medida gubernativa lleva el nombre de *Café de la Confianza* en vez de llamarse de *las Carolinas*, que pensaron ponerle sus dueños.

La abundancia de cafés en ciertos distritos denota un beneficioso adelanto. La taberna pierde terreno. El obrero que antes no tenía otro recreo que la copa de peleon, repetida indefinidamente, saborea ya un Moka más o menos auténtico, y si bebe algo es únicamente la media copa de ron y marrasquino. Esto no sólo evita las pendeencias, sino que imprime cierta cultura. Así como la pesada atmósfera del que ahora se llama con cierto pudor *despacho de vinos* atrofia la inteligencia y hace perderse en germen los buenos instintos de nuestro pueblo, la clara luz del gas refractada en las diáfanos lunas de los espejos llega hasta dignificar y conserva ciertos instintos que poco a poco han de ir mejorando la parte moral del artesano.

El café matando a la taberna realiza un innegable progreso. En este concepto no podemos menos de felicitar a quienes, como los dueños del nuevo *Café de la Confianza*, hacen cuanto está a su alcance para que las clases menos acomodadas encuentren en su local, hasta elegante, unas comodidades que han de ir refinando los gustos del obrero y haciéndole tender la vista a esferas que hoy para nadie son inaccesibles.

* *

Para el público aficionado a los espectáculos escénicos la temporada se presenta con los mejores auspicios. Indudablemente si las empresas quieren defender sus intereses tienen que sostener una lucha siempre beneficiosa para los espectadores.

Vico y Victorino Tamayo en el Español; Valero, la Hijosa y Morales en Novedades; Rubio y Castilla, secundados por una compañía cómico-francesa en la Comedia; Arderius en la Zarzuela; María Tubau en Apolo; y en Lara, Eslava, Variedades y Martín compañías líricas y

dramáticas muy queridas del público, han de fraccionar a este, que además cuenta con dos elementos que hacen estremecer de espanto a las otras empresas. El uno es el Teatro de la Princesa, que además de ser un local nuevo y rodeado de todas las comodidades del confort y de la elegancia, tiene a su frente al inteligente Emilio Mario; el otro es el Real, ese monstruo que absorbe las tres cuartas partes del dinero destinado a diversiones públicas y que se presenta este año con una excelente lista.

La actividad de actores y empresarios es seguramente la que ha de decidir la victoria. De tantos coliseos alguno tiene desgraciadamente que caer. Los que sobrevivan tendrán en cambio la doble satisfacción de la honra y del provecho y para vencer en estas batallas no se necesita otra cosa más que trabajar.

Hoy como nunca necesitan hacer un esfuerzo, que si conveniente es a su peculio no lo es menos al arte, que por cierto no pasa por días de esplendoroso apogeo.

* *

Sin embargo, para los autores el año teatral no deja de mostrarse con malos augurios. Sellés, el aplaudido autor de *El nudo gordiano*, ha pasado el verano haciendo una zarzuela, que como todas sus obras, es esperada con ansia por los amantes de la buena literatura, y precisamente lo que faltará este invierno en Madrid es una compañía lírica del género serio. Después de todo, el retraso no sería tan lamentable si hubiera recaído en otro poeta; pero Sellés, que quizá el único defecto que tiene es la pereza, probablemente nos dejará esta temporada sin el placer de aplaudirle.

Pero no es este sólo el mal presagio. Navarro Gonzalvo, el chispeante autor de los *Bandos de Villafrida*, ha caído también al empezar sus tareas, y no ciertamente porque se acogiera mal su producción. Léjos de eso, el público que llenaba las localidades del Teatro Martín la noche del estreno del *Puesto de castañas* le tributó una ovación tan ruidosa como merecida. Pero el Sr. Gobernador de la provincia no debió encontrar sin duda tan de su superior agrado las oportunísimas alusiones de que está sembrado el libro, y a la noche siguiente mandó quitar el *puesto*, con lo cual, autor, músico y empresa han realizado un mal negocio. Se quisieron meter a vender *castañas* y ellos han sido los que se han llevado la mercancía.

Para hacer más llevadero el percance, uno de estos días los amigos y admiradores de Navarro y Espino los obsequiarán con un banquete. Aunque en pequeña escala es una indemnización. ¿Cuántas buenas comidas hubieran podido hacer si la obra no se hubiera prohibido!

* *

Desde principios de octubre existirá una nueva carrera que, aunque tan poco productiva como casi todas las de España, no por eso requerirá menos requisitos.

Hasta aquí la venta pública de periódicos era una profesión que cualquier ciudadano podía abrazar. Con frecuencia servía para que el hijo de una familia de jornaleros, que por su edad no podía dedicar su actividad a empresas de mayor monta, aumentara con unos cuantos perros chicos el modesto haber de sus padres; otras veces era el laborioso albañil el que por haber perdido contra su gusto una tarde de trabajo, se hacía por aquella noche improvisado vendedor y merced a un par de veinticinco de la *Correspondencia* o del *Correo*, reponía la brecha que un caso fortuito había abierto en su exiguo jornal.

Ahora todo eso será imposible. Para dedicarse a tan mezquino oficio se necesitará una porción de requisitos y una especie de patente gubernativa, y haber cumplido veinte años.

Esto nos recuerda que allá en los venturosos tiempos de la casa de Austria, las vendedoras de naranjas que circulaban por entre *bancos* y *barandillas* de los corrales de la Pacheca y de la Cruz, tenían que presentar al alcalde de casa y corte que presidía el espectáculo la cédula de comunión y un certificado de honradez y buenas costumbres.

Bien dicen luego, que al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir.

* *

A falta de más trascendentales reformas bueno es que el digno Presidente de la Corporación municipal de esta M. H. y coronada Villa, piense en embellecer relativamente los sitios más céntricos de Madrid.

Satisfecho sin duda del *square* con que ha reducido la ya exigua plazuela que da ingreso al Ayuntamiento, se ha echado a discurrir dónde colocaría otro que, aunque no tan *extenso*, fuera más visible al menos, y no ha dado con lugar más a propósito que la mismísima carrera de San Jerónimo.

Verdad es que el solar que ocupaba la derribada iglesia de Italianos, convertido en depósito de escombros, no ofrecía el mejor aspecto; pero también lo es que más que macizos y reigrás, lo que allí hace falta es espacio a la embocadura de la calle de Cedaceros.

Si el Sr. Bosch y Fustigueras sigue por este camino, sólo conseguirá una cosa. Que así como a José I se le conocía en su tiempo por el *rey de las Plazuelas*, a él se le conocerá en estos por el *alcalde de los Jardinitillos*.

* *

En cambio los pájaros le guardarán gratitud eterna. Con estos poéticos animales viene esta corte teniendo una crueldad inaudita. No ha bastado que se les venda como a esclavos, a ellos, adoradores eternos de la libertad, sino que siempre se ha colocado en las peores condiciones el mercado en que se les expone.

En no lejanos días estuvieron en la plaza de Santa Ana, pero entonces allí no había más que media docena de enfermizos árboles. Vieron un día que el pedregoso suelo se tapizaba con una alfombra de verdura; que sobre ella se plantaban rosales que al venir la primavera se cubrían de fragantes flores, y sobre todo vieron desaparecer la pesada mole de aquella fuente que les limitaba el horizonte y lanzaron al aire en sus más alegres trinos un voto de gracias a la mano que de ese modo hacia menos dura su cautividad.

Mas ¡ay! su contento duró bien poco; aquella mano que con tanto entusiasmo habían bendecido, fué la que los desterró. Y ¿a dónde? A la sombría plaza de San Andrés, a uno de los sitios más tristes de la villa. Comparar su prisión de antaño con aquella, era lo mismo que poner en parangón un patio del Saladero con una celda de la Cárcel modelo. De lo único que se les hizo gracia fué del capuchón.

El hombre es despiadado. De la torre que veían sobre su cabeza acababa de lanzar a la cigüeña que de tiempo inmemorial tenía allí su nido, y a su pié daba un calabozo sin sol y casi sin aire al alegre jilguero y al fiado ruiseñor.

Pero, ¿creerán Vds. que con eso se contentaron? No. Aun allí parecía que estorbaban las inofensivas aves y ya se hablaba de llevarlas a no sé qué inmundo rincón de los barrios bajos.

Por suerte el Alcalde ha tenido la idea de darles más digno alojamiento. Los jardines de Recoletos se verán muy pronto convertidos en mercado de pájaros y de flores. El día en que este pensamiento se realice, será el de la reunión de los individuos de una familia, que si como ha dicho no sé quién, los pájaros son flores que vuelan, las flores no son más que pájaros que tienen por jaula un tiesto.

* *

Dos artistas han muerto en el espacio de pocos días. Los dos eran catalanes y a los dos les aguardaba un porvenir lleno de triunfos.

El uno era escultor y dibujante, el otro pintor escenógrafo. Los nombres de Vicente Oms y de Pedro Valls son sobradamente conocidos para que necesitemos hacer aquí su elogio póstumo.

Las últimas obras del escultor son un jarro ornamental que presentó en la última Exposición y un frontis ya casi terminado con destino a un establecimiento industrial. El pintor ha dejado comenzados varios trabajos para el nuevo teatro de la Princesa.

La muerte ha segado esta vez con su guadaña laureles que todavía habían de extender sus verdes hojas. A nosotros no nos toca más que acatar su inapelable fallo y regar con nuestro llanto dos plantas marchitas en medio de toda su lozanía.

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

MUCHACHOS JUGANDO, cuadro por Murillo

Propiedad exclusiva es del verdadero genio artístico la facilidad con que se conciben y ejecutan los más opuestos tipos y escenas. Sólo a un don Diego Velázquez le es posible pintar, con sin igual maestría, la agonía de Jesucristo, la rendición de Breda y el lienzo de los Borrachos, tres asuntos tan diversos y con tan inimitable arte llevados a buen término. Esa facilidad parece como que Velázquez la hubiera transmitido a su discípulo predilecto y querido émulo Bartolomé Estéban Murillo.

Quien conozca las *Virgenes Inmaculadas* del príncipe de la escuela sevillana, quien se haya deleitado alguna vez contemplando esas sublimes manifestaciones del arte místico, quien se haya propuesto el problema de unir lo humano y lo divino en el rostro de una mujer, tantas veces resuelto por nuestro artista; no acertará a explicarse cómo pudo descender voluntariamente de las regiones puras en que hallaba los ideales tipos de sus maravillosas concepciones, para inspirarse en las repugnantes figuras de aquellos pilletes y granujas que reprodujo con un realismo sublime y digno de mejor causa.

Y sin embargo, el museo del Prado y el del Louvre, la Pinacoteca de Munich, en la cual se conserva el lienzo que hoy reproducimos, y cuantos museos se precian de poseer originales del pintor que aún no ha tenido igual en la suavidad y armonía de sus colores, pueden atestiguar hasta qué punto el autor de los *Niños jugando* sabía materializar el ideal celeste e idealizar los más vulgares tipos de materialismo grosero hasta lo repugnante.

CÉSAR BORGIA SALIENDO DEL VATICANO, cuadro por G. L. Gatterí

César Borgia ó mejor dicho César Borja, pues descendía de la ilustre familia valenciana de este apellido, fué uno de los favoritos que más execrado nombre han dejado en la historia. Sobrino del papa Alejandro VI, no hubo escándalo, expoliación ni crimen que no cometiera, prevalido de la impunidad que le daba su parentesco con el

pontífice, cuyo palacio era el primero en saquear. Hermano de la tristemente célebre Lucrecia Borgia, parece que entre los dos se propusieron degradar á un tiempo los dos sexos en que se divide la humanidad.

El autor del cuadro que publicamos ha estado verdaderamente acertado en la manera de presentar á ese odioso personaje. El sibarita duque de Valentinois, título que debió á la bajeza del rey de Francia, desciende las monumentales escaleras del Vaticano, perezosamente arrellanado en cómoda litera, precedido de sus hombres de armas, que se llevan los despojos de su rapacidad, y seguido de otro peloton de soldados, dispuestos á cumplir las más sangrientas órdenes de su señor. Eminentes prelados se inclinan servilmente ante el cardenal laico, cuyo rostro, sin ser feo materialmente, que no lo era ni mucho ménos, segun las crónicas, es fiel espejo de la doblez y perversidad de su alma.

Este funesto personaje murió violentamente en España cuando el asedio de Viana, el 12 de marzo de 1507, despues de haber sido expulsado ignominiosamente de Roma por el sucesor de su tío en el pontificado.

ESTUDIO EN EL LIDO, cuadro por E. Rasch

Cuando Víctor Hugo, jóven aún, empuñó el baston ferrado del excursionista y verificó su viaje al Rhin, del cual ha dejado eterno recuerdo en un libro como suyo; al llegar á Colonia, en vez de hospedarse en la monumental ciudad, establecióse en una humilde posada del vecino pueblo de Deutz, separado por el rio de la capital rhenana. Preguntáronle la causa de esta aparente extrañeza, y el eminente viajero contestó muy atinadamente:

—Porque es preferible á todas luces ver á Colonia desde mis ventanas de Deutz que ver á Deutz desde vuestras ventanas de Colonia.

A semejanza del inmortal poeta francés, cuyo sentido artístico igualaba al de los primeros pintores del siglo, los de nuestro cuadro tienen la buena idea de ver á Venecia desde el Lido, en lugar de ver al Lido desde Venecia. En el jardin de la reina del Adriático (reina apeada) han establecido su taller ambulante nuestros dos artistas; y de ello ha resultado un lienzo de buena perspectiva y fuerza de luz, como conviene al asunto. Sus personajes están tomados, sin duda, del natural: esas mujeres son realmente venecianas. Quien se las figure más coquetonas, más aseadas, más poéticas, se llevará gran chasco cuando tenga ocasion de conocerlas.

PLAZA SITIADA, cuadro por C. Probst

Composicion bien concebida, graciosamente ejecutada, notable por la expresion de sus personajes y trasparente de intencion.

Un capitán, que por su vestimenta y galantería pudiera muy bien pertenecer á los tercios españoles de Flandes, acaricia á una bella jóven, cuyo semblante revela la inocencia de sus sentimientos.

A la vista de esta escena, en que el agresor y la agredida luchan con armas tan desiguales, bien puede exclamarse con el gran ingeniero francés:

—Plaza sitiada... plaza tomada.

GRANDES MANIOBRAS. GUERRILLAS DE CABALLERÍA

Este grabado, verdadera reproduccion del natural, permite apreciar en sus menores detalles una escena de esa guerra, por fortuna simulada, que efectúan todos los años las grandes potencias militares. Los grupos, los tipos, las actitudes son de una naturalidad perfecta; y á este paso Neuville y Detaille van á sufrir una ruda competencia con este procedimiento que tiende á suprimir nada ménos que el dibujo en la reproduccion de las escenas de mayor movimiento.

LA TARDE DE UN DIA FESTIVO, cuadro por Guillermo Diez

A la simple vista de esta composicion se echa de ver que su autor, artista bávaro, miembro de la Academia de Munich, ha querido imitar las escenas y estilo de la escuela holandesa, y particularmente á su célebre Teniers. El grupo de los dos aldeanos del segundo término parece copiado de este pintor insigne. Hasta en los tipos de algunos de estos personajes hay completa analogía: el que contempla la fiesta del otro lado de la cerca rústica y el bebedor de cerveza pudieran figurar, sin impropiedad, en un cuadro holandés de los más renombrados.

La obra de Diez es notable, además, por la naturalidad que en toda ella campea y por una verdadera realidad que, como hemos venido observando á menudo, dista mucho del grosero realismo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PROCESO DE CONSTANZA DE BEVERLEY, cuadro por T. Rosenthal

Walter Scott es, sin duda, el novelista que describe con más vigoroso colorido. No es de extrañar, por lo tanto, que cuantos artistas se inspiran en sus obras, ejecuten lienzos de positivo efecto, ora reproduzcan sencillos cuadros de la naturaleza, ora escenas dramáticas entre personajes creados por el genio potente del no igualado escritor.

El asunto del cuadro de Rosenthal que en el presente número publicamos está tomado de la novela titulada *Marmion*. Constanza de Beverley, religiosa del convento de Fontecrant, se apasiona sacrilegamente de Marmion,

jóven militar, por quien, perjura á sus votos, huye del claustro, y de esposa del Señor se convierte en manceba de un hombre que comete la bajeza de abandonarla sin defensa á sus implacables perseguidores. Constanza es presa vestida de paje y conducida al sombrío lugar donde se halla constituido el tribunal que ha de juzgarla, compuesto de un prelado ciego y de dos abadesas, más ciegas aún por su fanatismo sangriento.

La culpable no trata de defenderse: hartó conoce la horrible suerte que la espera. Como la antigua vestal que profanaba el templo dejando extinguir el fuego sacro, sabe que la tierra ha de recibir ántes de tiempo su cuerpo lleno de vida. Constanza es condenada á horrible emparedamiento, cuyo suplicio se aprestan á ejecutar los feroces ministros de ese tribunal implacable.

Este es el momento escogido por Rosenthal para tratarlo en su cuadro, lo cual ha hecho con habilidad magistral. Dígalo el singular efecto que produce, y que aumenta progresivamente á medida que la atencion pasa del asunto á sus personajes, de estos al lugar de la escena, del conjunto á los detalles, ejecutado todo de tal suerte que no pueda contemplarse la obra sin experimentar una emocion perfectamente justificada.

EL TIESTO DE CLAVELES

(Continuacion)

—Todo eso es muy bueno, hijo mio, cuando se hace como Dios manda, cuando no se tiene una madre que queda sobresaltada y temerosa, y cuando no se está expuesto á recibir un tiro como un malhechor. Mira, Valentin, no tengo más que advertirte una cosa: si te cogen, me moriré de vergüenza; si te matan, me moriré de dolor.

Y al decir estas palabras, la pobre mujer lloraba y habia en su semblante tal expresion de dolor que el jóven se sintió conmovido.

—Bueno, madre,—dijo,—haré lo que V. quiera. Buscaré otra ocupacion. Sé que voy á ponerme malo; pero usted ántes que todo. No quiero que viva disgustada. Por usted robaria y mataria, ¿qué puedo negar á usted?

—No, hijo. A todo se acostumbra uno. Al principio te causará violencia el renunciar á tu aficion y costumbres, pero luégo verás cómo te alegras; y cuando descanses de tu honrado trabajo, aquí estoy yo para querer y cuidar y mimar á mi Valentin. ¿Verdad que sí?

—Bien, madre, repito que haré lo que V. quiera.

—¿Me lo prometes?

—Sí señora.

—¿No volverás á cazar?

—No volveré,—dijo el jóven exhalando un suspiro.

—Y yo, hijo mio, te querré más de lo que te quiero, si esto fuese posible.

IV

Llegó el dia 13 de junio y con él la fiesta de San Antonio de la Florida, de San Antonio el *guíndero*. ¡Qué santo tan simpático! ¡Qué santo tan alegre!

Es la fiesta del patron de los niños y las doncellas,

como ha dicho Trueba. Los niños acuden á la capilla del Santo, situada cerca del Manzanares, comiendo guindas ó colgándolas de las orejas; las doncellitas acuden tambien á pedir á San Antonio... ¿Qué ha de pedir una muchacha honrada sino un buen marido?

El sol resplandece, los árboles y los campos verdean, las mariposas blancas se matizan de colores, la multitud bulle alegre dentro y en derredor del templo, los artistas penetran en él á admirar los frescos de Goya, y la Virgen de la Almudena parece como que sonríe desde lo alto de la Cuesta de la Vega.

A la caída de la tarde, cuando el sol mitiga sus rayos, despues de la fiesta religiosa de la mañana, se organiza el baile á espaldas de la capilla. Nada más justo; las doncellitas gustan de bailar, y luégo, ¿qué ocasion mejor de encontrar lo que les hace falta?

El espeso bosque poblado de árboles seculares, hoy transformado en *Ronda de harineros*, templaba el calor del ambiente; soplabla la brisa del rio; un hormiguero humano bajaba de Madrid, llenando el paseo de la Florida; circulaban calesas y alguno que otro coche tirado por mulas. Apénas se podia transitar por los alrededores de la capilla; en aquella abigarrada multitud se confundian majas, petimetres, chulos, guardias walonas, picadores de la Reales caballerizas, payos de las cercanías, lavanderas y mendigos.

En la plazoleta en donde se verificaba el baile, se habian levantado dos tablados; uno para el Alcalde y regidores y otro para la orquesta, que se componia de ocho tocadores de guitarras y bandurrias.

La corte habia vuelto de Aranjuez y aún no habia salido para la Granja; así es que á nadie extrañó ver al popular príncipe Fernando pasar á caballo por delante del templo, acompañado únicamente de un gentil-hombre, un caballero, un correo y dos carreristas. Todas las frentes se descubrieron ante el heredero del trono, porque entónces aún no se manifestaban las repulsiones ni las distancias más ó ménos honestas.

A las seis de la tarde el baile estaba en su apogeo. Siete bastoneros cuidaban del orden de la fiesta. Habia allí muchas madrileñas y no pocas paletas que volvian tamba al más pintado; pero en honor de la verdad,

contadas eran las que podian igualarse á Carmen Ramirez, la hija del guarda mayor de la Real Casa de Campo.

Tenia 18 años. Era de mediana estatura, mas su esbeltez hacíala parecer más alta. Tipo andaluz por sus negros cabellos y su tez fina y ligeramente morena, marcaba con sus ojos madrileños, no muy grandes, pero muy *hondos*, muy intencionados, muy luminosos y sombreados además por pestañas que parecían doseles de seda.

Y luégo ¡qué cuerpecito, qué mano, qué pié encerrado en el zapatito de tabinete!

¡Válgame Dios! ¡cuántos ojos la devoraban, cuántos guapos muchachos la sacaron á bailar! Estaba rendida, pero como tenia buena crianza, no pudo negarse á bailar con un jóven que últimamente la solicitó. Al acercarse á ella, aquel buen mozo tenia en la mirada una expresion particular, que no pasó inadvertida.

En uno de los momentos de parada el jóven la dijo:

—Tiene V. en su ventana unos claveles dobles muy hermosos.

Ella le miró algo sorprendida; quizás iba á contestarle, pero el baile comenzó de nuevo.

Apénas la orquesta cesó de tocar y cuando su pareja la conducia galantemente á su asiento, la muchacha oyó una voz imperiosa que gritaba:

—¡Cármén, ven acá!

Era la voz de su padre.

Este sacó á su hija del corro y la dijo:

—Te prohibo terminantemente que bailes con ese jóven.

—¿Por qué, padre?—preguntó admirada.

—Porque ese tunante es Valentin, el hijo de Paca la viuda.

V

¡Cosas del mundo! ó mejor dicho, de las muchachas, que no pueden negar su ascendencia materna. No habian trascurrido quince dias y ya Cármén y Valentin estaban en relaciones amorosas. Hubo para esto varias causas predisponentes. En primer lugar el jóven era muy guapo. Además oyendo continuamente á su padre hablar pestes de él, á Cármén se le habia imaginado un hombre feo, avieso y montaraz, y no fué poca su sorpresa cuando en el baile de la Florida se persuadió de todo lo contrario; y por último, ¿cómo no probar del fruto prohibido?

El guarda mayor habitaba en un edificio pegado á la tapia de la Casa de Campo, cerca del ángulo por donde pasa el camino de Pozuelo. La casa tenia puerta y ventanas al exterior é interior de la Real posesion.

Valentin habia visto algunas veces á Cármén desde léjos y hasta el dia del baile no quiso insinuarse con ella. A fuerza de precauciones, los jóvenes enamorados consiguieron ocultar sus relaciones, pero hartó comprendian que aquel misterio no podia durar mucho tiempo. Ambos estaban inquietos é impacientes, y no pienso mal de Cármén al suponerla la más impaciente de los dos. La jóven era hija única, estaba muy mimada y tenia un carácter resuelto.

Una noche, dos dias ántes del de Santiago, á las altas horas, los dos amantes hablaban, ella desde la ventana y él abajo, oculto en la sombra de la tapia.

Cármén dijo:

—Pasado mañana es el santo de mi padre y le destino algunos regalillos que le sorprenderán.

—Bueno, ¿y qué?

—Que como estará alegre, tantearé el terreno para hablarle de tí.

Valentin hizo un ademan de desconfianza.

—Pues ya veremos,—repuso la jóven,—pienso salirme con la mia; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Has de prometerme no volver á cazar en vedado; necesito asegurárselo formalmente á mi padre.

—Hace mucho tiempo que no agarro mi escopeta.

—Ya lo sé, mas en lo sucesivo...

—No temas, Cármén. Pero esto será inútil, no conseguirás más que incomodar á tu padre.

—No le conoces; en el fondo es más bueno que el pan y hago de él lo que quiero. Si tú me das palabra de renunciar á tus antiguas costumbres, de trabajar honradamente, tengo casi la certeza de que conseguiremos nuestro deseo. Mi padre al hablar de tí, dice muchas veces que es lástima que no aproveches tu destreza, tu agilidad y tus buenas condiciones. ¡Quién sabe! Hay aquí dos ó tres guardas muy viejos; la marquesa de Alcañices es mi madrina de pila... En fin, Valentin, déjalo de mi cuenta.. Pero ¿no dices nada?

—Estoy oyéndote embebecido. ¡Ay, Cármén, que no fueran verdad esos sueños!

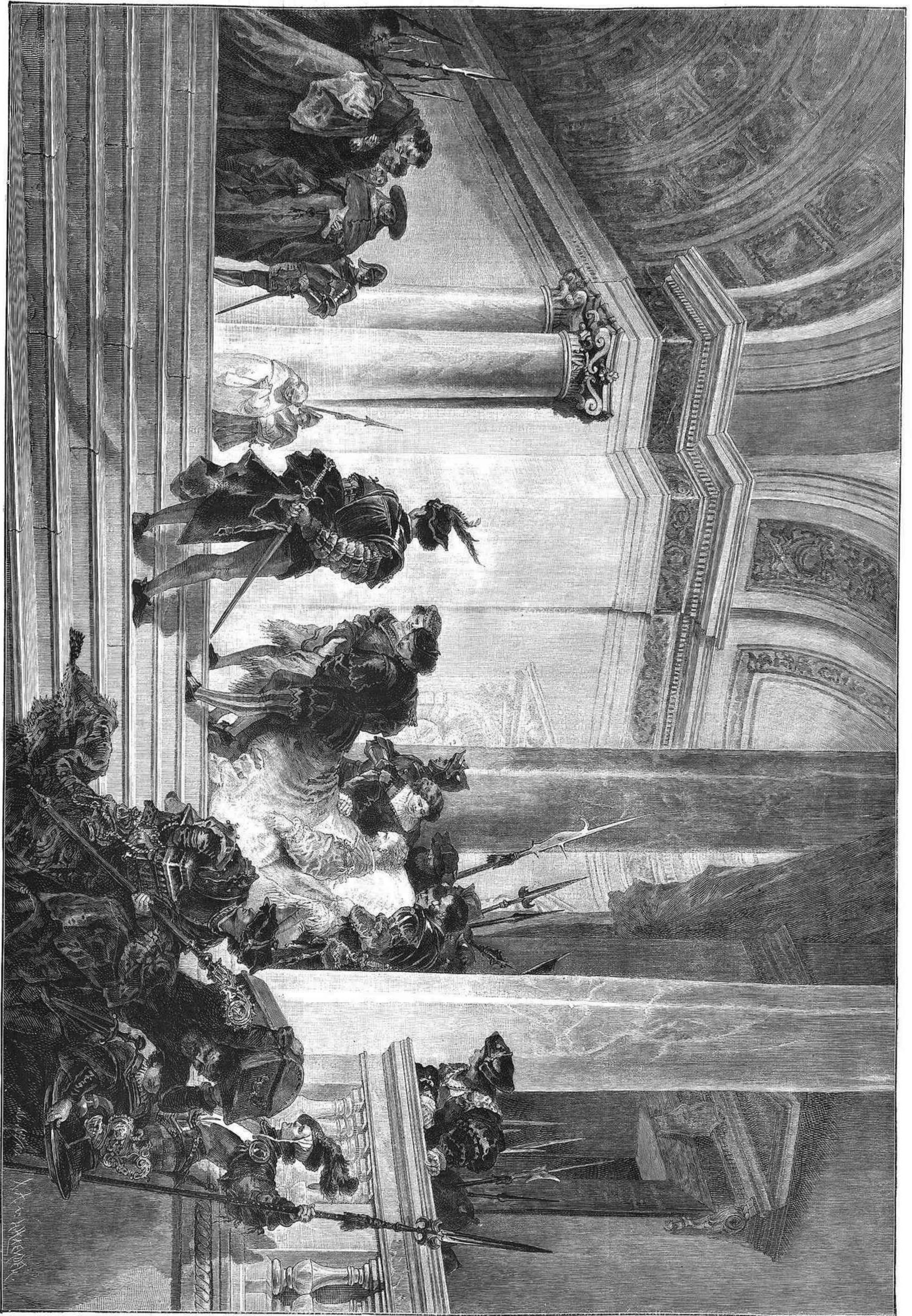
—¿Sueños? ¡Bien, Valentin, ya veremos! El dia despues de la fiesta de Santiago, pasa por aquí á las seis de la mañana. Si no ves en la ventana este tiesto, será mala señal; pero si está, ten confianza y acércate; mi padre habrá consentido ó estará á punto de consentir.

—Cármén...

—Adios. No oigo roncar á mi padre. Vete y hasta el sábado.

VI

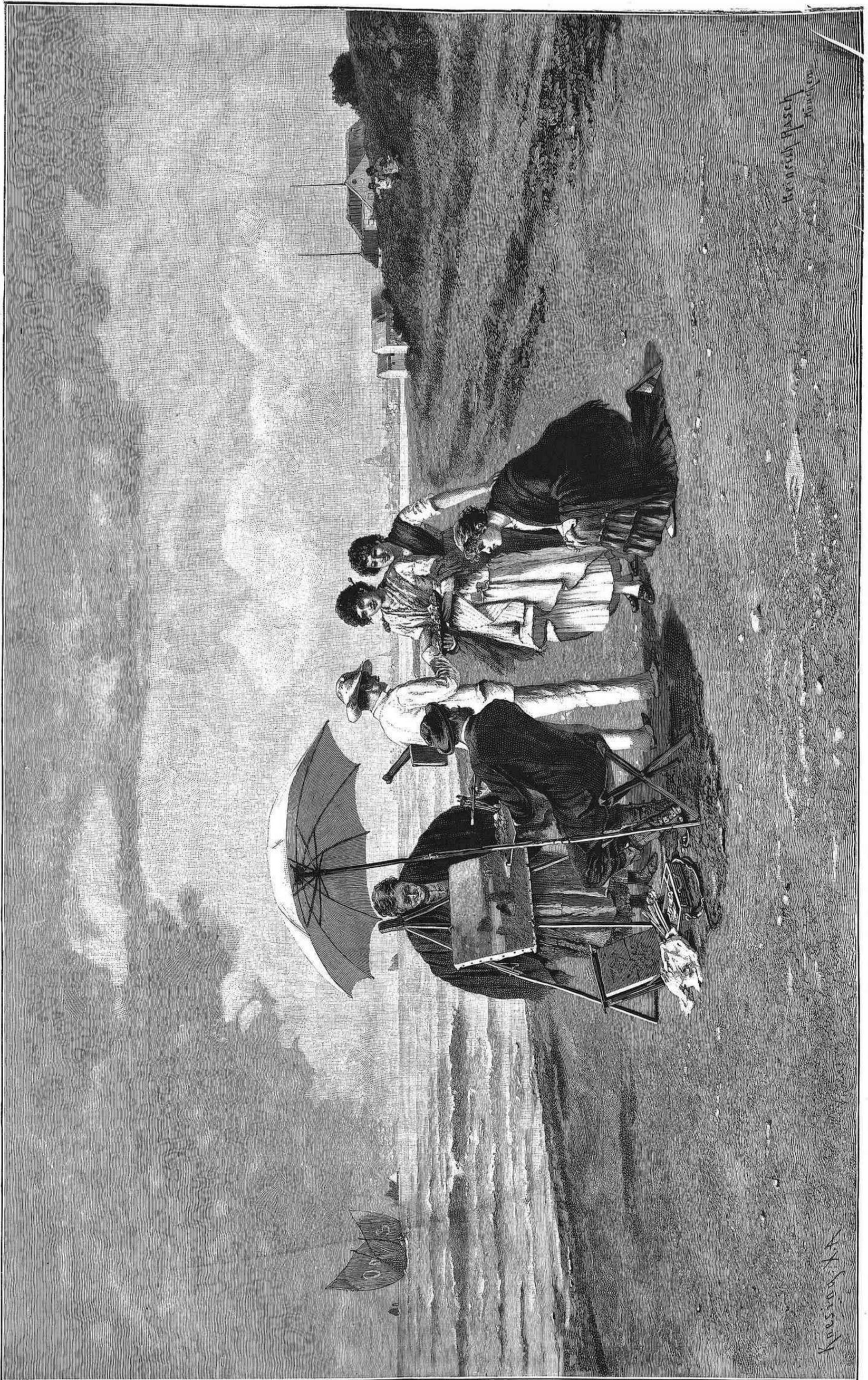
El dia de Santiago, el guarda mayor no pudo celebrar su fiesta con tranquilidad porque tuvo que acompañar casi todo el dia al marqués de Villafranca y á unos señores extranjeros que, con Real permiso, cazaron en la Casa de Campo desde por la mañana. Hizo advertir á su hija que trocase la comida en cena, y cuando despues de las siete de la tarde despidió á los cazadores, que regresaron



CÉSAR BORGIA SALIENDO DEL VATICANO, cuadro por G. Gatteri



PROCESO DE CONSTANZA DE BEVERLEY, CUADRO POR T. ROSENTHAL



ESTUDIO EN EL LIDO, cuadro por F. Rasch

á Madrid, el buen hombre volvió á su casa rendido de la jornada.

Cármen le esperaba con la mesa puesta, una mesa de lujo, con un blanco mantel adamasado, platos de la fábrica de la Granja y dos ramos de flores que no había más que ver.

Miéntas que la criada traía la sopa, Cármen, haciendo una graciosa reverencia á su padre, le felicitó los días, y le presentó una caja de cartulina muy historiada.

El guarda abríola sonriendo.

—Una petaca de abalorio,—dijo sacando los objetos que había dentro.—Unos tirantes bordados... una guirindola...

—Todo hecho por Cármen Ramirez para su querido padre.

El guarda, encantado, sentó á su hija sobre las rodillas y le dió un tiernísimo abrazo.

Cármen pensó que era ocasion propicia para hablar del asunto que la preocupaba.

En aquel momento la criada trajo la sopa y padre é hija se sentaron á la mesa.

Dos ó tres veces estuvo á punto Cármen de abordar la cuestion, pero no sabia cómo empezar. Determinó dejarlo para fin de comida, cuando su padre estuviese saboreando una buena taza de café y una copa de marrasquino que ella le había preparado; la jóven presentia que despues de comer bien, el ánimo está mejor predispuerto á la benevolencia.

Llegó el momento, el café humeaba, su padre la miraba cariñosamente, Cármen iba á hablar de Valentin; cuando hé aquí que se oyó una voz que provenia del exterior y que gritaba:

—¡Señor Santiago, señor Santiago!

El guarda mayor se asomó á la ventana que daba al campo y á la luz de la luna vió un grupo de tres guardas de la Real posesion, entre ellos su *ad latere* Murviedro.

—¿No sabe V. lo que pasa?—preguntó este.

—No, estábamos cenando; pues ¿qué hay?

—Una desgracia. ¿No ha oido V. disparos?

—No me he fijado.

—Pues nosotros sí. Ginés rondaba junto al portillo de este cuartel, oyó tiros afuera, y suponiendo que era cosa de Valentin que hacia de las suyas, salió, vió un bulto que huía y persiguiéndole se ha caido en el barranco del camino de Villaviciosa y se ha roto una pierna.

—¡Ah! ¿qué dices?

—Lo que V. oye. A los tiros y á sus voces hemos acudido. Lo han llevado á la enfermería y nosotros venimos á avisar á usted.

—¡Oh!—exclamó el guarda mayor,—ese tuno va á ser causa de mi perdicion. ¡Cármen, mi bandolera! ¡La carabina! Vamos! Ginés lisiado! ¿Qué dirá el infante don Carlos, que le tiene tan recomendado? ¡Si yo atrapara á ese pillo de Valentin!...

Santiago bajó á abrir la puerta de la casa á sus compañeros, que penetraron por ella en la posesion, y todos se alejaron profiriendo dicitos y amenazas contra el malaventurado hijo de Paca la viuda.

Cármen, á quien este inesperado suceso había aturcido, se sentó y apoyando el codo sobre la mesa y la cabeza en la mano, prorumpió en sollozos que trataba de ahogar.

VII

Cármen no era mahometana ni había leído el teatro griego, así es que substituyó la palabra *fatalidad* por la de casualidad.

Pero ¡qué casualidad tan inoportuna! Cuando su padre estaba tan contento y tan cariñoso, cuando ella iba á hablar y probablemente á conseguir el objeto que se proponia!

¿Habria sido Valentin el causante de la catástrofe? Si era él, estaba loco ó no la queria. Hacia tiempo que el mozo había renunciado á sus correrías, dos días ántes habíala prometido renunciar para siempre; y en el momento supremo, cuando más necesario era que diese pruebas de sus propósitos de enmienda, volvía á las andadas!

Esta idea exasperaba á Cármen.

Pero si no había sido él y sí otro cazador, ¡qué desgracia, qué acaso tan funesto!

Dando vueltas en su imaginacion á esta disyuntiva, la pobre jóven pasó cerca de dos horas sumida en el mayor abatimiento.

De vez en cuando se asomaba á la ventana que daba al campo, por si se acercaba por allí Valentin, pero no veía á nadie.

Cerca de las once de la noche volvió su padre. Venia desesperado. Apénas la habló, y la mandó que se retirara á dormir.

Ella apénas se atrevia á preguntarle. Sólo supo que Ginés seguía muy mal y que su padre estaba furioso hasta con su sombra. Quiso quedarse á hacerle compañía, pero él la dijo en un tono que no admitía réplica:

—Vete, Cármen, tengo un humor de los demonios, y no es cosa que pagues tú los vidrios rotos.

Cármen comprendió que era inútil insistir.

Quitó de la ventana el tiesto de claveles y lo dejó en el suelo, dió las buenas noches á su padre y se retiró á su cuarto que daba al interior de la Casa de Campo.

El guarda mayor quedó solo. Comenzó á dar paseos por la sala, murmurando palabras interrumpidas por exclamaciones. El cansancio del día, la brusca transicion de un estado satisfactorio á una impresion desagradable y quizá algun exceso en la comida, le produjeron un violento dolor de cabeza.

Su alcoba estaba contigua á la sala, y por fin, rendido de aquel violento ejercicio, determinó acostarse; pero ántes

de hacerlo, recordando que había oido decir que es malo dormir teniendo cerca flores, cogió el tiesto de claveles que su hija metió en la habitacion y volvió á colocarle en el exterior de la ventana.

No pudo conciliar el sueño. El calor, el estómago cargado, los desagradables acontecimientos del día, le hacían revolverse en su cama inquieto y desasosegado; así es que apénas el primer resplandor del alba penetró por la ventana, se puso en pié, bebió un gran vaso de agua requerida por su estado bilioso, y en mangas de camisa, se sentó á la puerta de su casa, por la parte que daba al campo.

VIII

Valentin, que tampoco había dormido, aunque por diferente causa, se levantó también al rayar el día, y con el corazón palpitante se encaminó hácia la casa de su amada. Conforme iba acercándose se aumentaban su miedo y su impaciencia. ¿Habria conseguido Cármen predisponer bien á su padre? A aquella hora estaba quizá decidido su porvenir.

Apénas distinguió la casa, miró con avidez. Cármen le había dicho: «si ves en la ventana el tiesto de claveles será buena señal, aproxímate con confianza,» y ¡oh dicha! el tiesto estaba allí, su penetrante mirada lo había divisado desde lejos.

Al acercarse vió al guarda mayor sentado á la puerta de la casa, y, con ese cándido anhelo de los enamorados, Valentin lo creyó de buen augurio y hasta supuso que le esperaba.

Despues de un momento de vacilacion, alentado por esta esperanza, se dirigió hácia donde estaba aquel, y quitándose el sombrero le dijo:

—¡Buenos días, señor Santiago!

El guarda, al verle, se puso lívido; no podía creer en tanta osadía. La cólera le hizo enmudecer un momento, mas luégo, poniéndose en pié, exclamó:

—¡Miserable! ¿Te atreves á presentarte aquí?

Valentin, estupefacto, no sabia cómo explicarse aquellas bruscas palabras. Miró á la ventana, el tiesto de claveles no estaba ya en ella. Cármen, que acababa de levantarse, le había retirado.

—¿Vienes á que te dé tu merecido?—repuso el guarda cada vez más exaltado.—Ahora mismo voy á llevarte á la cárcel.

—Mire V. lo que dice, señor Santiago,—replicó el jóven, que tenia el carácter muy violento.

—¿Cómo, tunante, aún te atreves? ¿Vienes á insultarme en mis barbas? ¡Toma!

La mano del guarda golpeó el rostro de Valentin. Este palideció, sintió pasar por sus ojos como una nube de sangre, se arrojó sobre el que le había abofeteado, y ya tenia el puño alzado sobre su cabeza, cuando oyó una voz bien conocida que gritó desde la ventana:

—¡Valentin, Valentin, es mi padre!

El jóven dejó caer su brazo, se llevó ambas manos á las sienes y se alejó casi corriendo, pero vacilando como un hombre ebrio.

—¡Bien hecho, señor Santiago!—dijo el guarda Murviedro, que venia por el exterior de la tapia.—Lo he visto todo desde lejos; pero ha hecho V. mal en dejar escapar á ese pillo.

—Ya le atraparemos. Me alegro que vengas; me acompañarás. Voy á dar mi queja al Alcalde de Afueras, á ver si se resuelve á proceder contra ese tuno. La desgracia de Ginés no puede quedar impune.

Los dos guardas se encaminaron por una senda que salía al camino de Alcorcon y siguieron éste para ir al arrabal de San Isidro en donde habitaba el alcalde.

Al divisar la casa de Paca la viuda, el guarda Murviedro dijo:

—Señor Santiago, ¿no le parece á V. que tomemos un vaso de vino? La madre de ese galopin lo tiene blanco muy bueno. El, por supuesto, no estará, pero veremos lo que dice la Paca.

—Vamos,—contestó el guarda mayor.

Llegaron á la puerta de la casucha y se sentaron á una mesa de madera que había debajo de una parra. La pobre mujer, al verlos, se sobresaltó.

Pidieron un cuartillo de vino blanco y miéntas la viuda les servía, se le ocurrió una idea al guarda Murviedro.

—¿Han traído á su hijo de V.?—la preguntó.

—¿Cómo traerle?—preguntó ella admirada.

—Pues qué, ¿no sabe V. la desgracia?

—¡Desgracia! ¿cuál? ¿ha sucedido algo á mi hijo?

—Sí, señora; lo que tarde ó temprano tenia que suceder. Huyendo de los guardas, Valentin se ha caido en el barranco del camino de Pozuelo y... se ha roto una pierna.

—¡Jesus! ¡mi hijo! No puede ser. Ya no cazaba. ¿Dónde está? ¡Quiero verle!—y la pobre mujer daba vueltas como atontada, llorando y gritando, sin tener conciencia de sus actos.

Murviedro, que no esperaba tanta explosion de dolor, comprendió que la broma había sido demasiado violenta y quiso atenuarla.

—Vaya,—dijo,—no lo tomeis tan á pechos; una pierna quebrada se compone.

La viuda no le oía; hallábase en un estado próximo á la demencia.

—Has hecho mal, Murviedro,—dijo el guarda mayor levantándose y dejando sobre la mesa los cuartos importe del cuartillo de vino.—Vámonos.

—¡Bah!—replicó aquel,—pronto se convencerá de que ha sido una broma.

F. MORENO GODINO

(Continuará)

PEPE..

todo el mundo le conoce
y todos dicen ¿quién es?
(E. Sellés. *Las esculturas de carne*)

I

Pepe, no lo olvidaré nunca, era excelente camarada: liberal sin ostentacion, gran caballista, jugador imperturbable; siempre dispuesto á todo, lo mismo podía contarse con él para una partida de caza como para un lance de honor; así servía para improvisar una *juerga* como para disponer una *corrida* de beneficencia. ¡Era mucho Pepe!

Pero ¿quién era? Nadie lo sabia: con todos charlaba; á nadie pedía dinero y solía prestarlo á muchos; todos le nombrábamos *Pepe* y él á casi todos nos tuteaba; ¿por qué? pues vaya V. á saber eso: porque sí. Misterios de nuestra especialísima organizacion social.

Necesitamos un escribiente que, por poner en limpio algunos borradores de cartas, va á ganar un par de pesetas diarias; buscamos quien administre y maneje una renta de cincuenta duros al mes y toda precaucion nos parece escasa y toda informacion poca y ninguna exigencia hallamos excesiva: acaso no confiaremos una docena de camisas á una planchadora sin conocer previamente su moralidad y buena conducta; pero para admitir á un desconocido en nuestra intimidad, para darle asiento en nuestra mesa, para facilitarle acceso á nuestro hogar, nada de esto necesitamos: un buen sastré, un camisero hábil son recomendacion suficiente.

Pepe apareció una noche en el casino, presentado por no recuerdo que agregado á una embajada: perdió, con gran serenidad y como jugador de buen tono, algunos miles de duros: aquella misma noche cenó, y amenizó la cena, de verdadero *gourmet* (valga el vocablo bárbaro), con alegría no afectada, relatando de una manera deliciosa chascarrillos picantes, tal cual historieta escandalosa, anécdotas muy curiosas en que figuraban personajes de casi todas las cortes de Europa, y cuando aquella noche, despues de apurar las últimas copas del champagne espumoso, estrechábamos con efusion la mano del nuevo compañero, todos éramos ya, lo parecíamos al ménos, los mejores amigos del mundo.

Y á esto se reduce cuanto de Pepe sabíamos, por entónces; y mucho tiempo trascurrió sin que supiéramos mucho más. ¿Acaso habíamos menester más noticias? Lucia trenes magníficos, montaba soberbios caballos, gastaba como un Fúcar; tenia siempre á disposicion de sus compañeros la caballeriza y el bolsillo, la mesa y los tabacos, ¿qué más podía pedirle?

Los amigos de Pepe llegaron á ser innumerables, su fama universal, su mérito indiscutible, sus ocurrencias donosas, repetidas de labio en labio, y á los pocos meses se consolidaba y arraigaba su reputacion de hombre singularísimo y de caballero sin par. Dijose de pronto que Pepe se proponia poner término y acabamiento á su vida disipada de soltero, ya casi de solteron, y lo que fué en sus comienzos débil rumor, sin fundamento sólido y razonable, convirtióse poco á poco en noticia verosímil, despues en suceso probable y por último en acontecimiento seguro.

Pepe se casaba con una lindísima y al parecer opulenta viuda, que poco tiempo ántes de la aparicion de Pepe se había establecido en Madrid.

El retraimiento á que su viudez, aún próxima, la condenaba no fué parte á impedir que la esposa futura de Pepe llamase vivamente la atencion del mundo elegante, ese mundo especial que existe solamente en Madrid y que tiene tan poco que hacer. La viuda en cuestion era en verdad un portento de hermosura y un dechado de virtud. Trascurrido el tiempo de la viudez, Pepe y la Marquesa viuda de... (no sé cuantos, que esto de los títulos se me olvida siempre) contrajeron matrimonio.

Fué aquel acto solemnizado de tal manera, que difícilmente se borrará de la memoria de los que tuvieron la suerte de ser á él invitados, que no fueron muchos. El día mismo de la boda salieron los recién casados para Italia donde se proponian pasar la luna de miel. Despidiéronse de sus numerosos amigos hasta la próxima temporada de invierno, anunciando que se proponian dar grandes bailes, y desaparecieron para no volver. Ni de Pepe, ni de la Marquesa, su esposa, se ha vuelto á tener noticia alguna: no pareció sino que se los hubiese tragado la tierra.

Esta desaparicion extraña é inexplicable mantuvo despierta por algun tiempo la curiosidad de los desocupados. Se preguntó en la embajada francesa, en la de Italia; ni en una ni en otra tenian noticia de los viajeros; es más, ni en una ni en otra conocian á Pepe: de la viuda sí conocian el nombre y aún el hecho de haber sido muerto en desafío su primer marido, hombre riquísimo y de prendas recomendables. A esto se redujo todo. Pasaron los años y el mundo acabó por olvidar el paso de aquella especie de cometa, con tanto más motivo cuanto que Pepe, en su aparicion breve, solamente favores había sembrado y su ausencia libraba á muchos del fardo enojoso é insufrible del agradecimiento.

II

Como ningun favor debía yo á Pepe, fuí de los últimos en olvidarle; pero le olvidé al fin: ¿qué no se olvida en diez y seis años?

Hace muy pocos meses tuve necesidad de realizar un viaje al extranjero: no hace al caso el motivo. Iba



PLAZA SITIADA, cuadro por C. Probst

á Paris acompañando á un queridísimo y buen amigo, cuando en la estacion de Burdeos al entrar en el *restaurant*, un caballero que, dando el brazo á una dama, de arrogante presencia y aire aristocrático, se dirigia al mismo sitio que nosotros por opuesto lado, tropezó ligeramente conmigo; volví la cabeza para manifestar mi disgusto, volvió él la suya para rogar con finura exquisita que perdonase su torpeza y dos gritos se nos escaparon simultáneamente; á pesar del tiempo trascurrido yo habia reconocido á Pepe, él á su vez me reconoció tambien y aunque creí observar que este encuentro no le regocijaba grandemente. Pepe estuvo como en sus mejores tiempos obsequioso y fino conmigo, llamó la atencion de su esposa, que aún conservaba toda su espléndida hermosura, quizá más vistosa y más incitante que cuando por vez primera la habia yo visto.

Los tres comimos juntos: y digo los tres porque el amigo que me acompañaba, ó para hablar con más exactitud, á quien acompañaba yo, habia desaparecido de pronto, sin que yo pudiese explicarme la causa de su desaparicion. La cosa, sin embargo, no me preocupó mucho, pues dicho mi amigo era francés, profundo conocedor de su país, que habia estado en Burdeos más de diez años y que léjos de necesitar guía, podia dar quince y raya al más experto *cicerone*.

Presumí por consiguiente que habria encontrado, como viajero práctico y perito conocedor del terreno, algun medio de regalarse con más suculentos manjares ó con más sabrosos vinos y que viéndome distraido con mi inesperado encuentro habia creído prudente prescindir de mí. Comimos pues, como ya he dicho, mi amigo Pepe, su mujer, que me pareció hermosísima, pero triste y preocupada, y yo. Nada me dijeron de su ausencia de España y yo no juzgué tampoco de oportunidad preguntar lo que habria sido sin duda indiscreto: al servir el café preguntéles si continuaban hasta Paris; Pepe, algo turbado, me replicó

que pensaban quedarse en Burdeos, cosa que no pudo ménos de sorprenderme, mas no adivinaba yo por qué, si pensaban quedarse en Burdeos, comian de prisa y mal en la estacion, habiendo tantos y tan buenos hoteles en la ciudad.

Callé no obstante, y estrechando las manos de los dos esposos, que me parecieron ambas heladas, me dirigí al departamento del *Slepn-garde* que mi buen amigo y yo habíamos tomado á fin de pasar la noche lo más cómodamente posible.

En el departamento me esperaba ya mi compañero de viaje.

—Hola, amigo mio,—dije alegremente ofreciéndole un tabaco que aceptó,—¿qué rincon ha descubierto usted para comer con más comodidad ó mejor?

—Nada de eso he descubierto,—me dijo:—lo que ha sucedido es que V. ha saludado á dos personas á quienes de seguro no conoce bien, y yo no podia ni queria aparecer en la mesa al lado suyo.

—Pero,—repliqué yo con verdadero asombro,—pero ¿usted sabe quiénes son las personas á quienes yo he saludado?

—Sí, amigo mio, sí: lo sé perfectamente. Quien no lo sabe, de seguro, es V.: pues á saberlo, huiria V. como yo he huido de estrechar esa mano manchada de sangre.

—¿Qué dice V.?—pregunté casi con espanto,—¿está usted seguro de lo que dice?

—Segurísimo: y pues aún tenemos un rato para charlar mientras apuramos estos cigarros, diré á V. quiénes son y cuánto valen esos criminales á quien V. ha tratado como amigos, pero cuyo contacto mancha, cuya conversacion deshonra.

—La Marquesa viuda de Grand-ville, hoy esposa de ese hombre á quien V. ha saludado con afecto, era, hace veinte años, la amazona mejor formada y más linda de una compañía ecuestre que funcionaba en Burdeos, ga-

nando, no muy holgadamente, lo indispensable para vivir con estrechez. Muy poco de notable ofrecia lo que con exactitud podria haberse llamado cuadrilla de saltimbanquis, y el público solia ser muy escaso en el Circo ecuestre; pero la fama de Emma llenó muy pronto el recinto de la ciudad y aún se desbordó de él: Emma era ciertamente digna de su fama. Si V. se ha fijado en la notable hermosura de su rostro, podrá imaginar lo que una mujer así habrá sido hace veinte años, en todo el esplendor de su juventud y de su belleza.

Sus formas, que la profesion á que se dedicaba la imponia el deber de exhibir diariamente, eran dignas de servir de modelo á un estatuario; sus actitudes provocativas, sus movimientos llenos de encantadora voluptuosidad, sus atrevidas miradas, sus sonrisas, que á nadie iban dirigidas, pero que cualquiera podia explicarse, enloquecieron muy pronto á toda la juventud aristocrática de Burdeos.

Emma fué la mujer de moda.

Acerca de su virtud corrian versiones distintas: afirmaban unos que vendia, aunque muy caros, sus favores; sostenian otros que era una fortaleza inexpugnable; muchos se jactaban de haberla rendido, si bien á costa de grandes esfuerzos; pero, en definitiva, nada seguro habia en todo ello y la hermosa amazona fué el asunto de todas las conversaciones y la tabla de salvacion para la casi arruinada empresa.

Como yo no he de procurar, como los novelistas, estimular la curiosidad de V., ni podemos tampoco perder mucho tiempo en cosa que al cabo no es de gran importancia, diréle desde luego que Emma, la linda Emma, la preciada joya de Burdeos, la codiciada *Vénus del Circo ecuestre*, tenia un amo, era esclava de un jugador de ventaja, de ese hombre que hoy la acompañaba, de origen desconocido, sin modo honroso de vivir, de antecedentes poco favorables: al mismo tiempo taur y rufian, com-

partía con Emma, su querida, lo que á ella producian sus favores vendidos y á él sus ganancias amaestradas.

Así andaban las cosas, cuando hubo de llegar por accidente á Burdeos el Marqués de Grandville, huérfano desde muy poco tiempo, cortés, jóven, apasionado y riquísimo: fué como todos á ver á Emma y como todos quedó prendado de su hermosura.

Emma y su amante, su amante sobre todo, comprendieron al primer golpe de vista que aquella aventura podía ser para ellos no una ganancia mezquina y un bienestar efímero, sino una verdadera y sólida fortuna. Con la mayor sangre fría combinaron los medios, estudiaron la trama, determinaron el modo, y al cabo de un año Emma era la Marquesa de Grandville.

No me pregunte V. cómo: usted conoce el mundo; V. conoce lo que son hombres y sabe la locura de que es capaz un muchacho, violento, apasionado, rico, y que lucha, con armas muy desiguales, con una mujer avezada á campañas amorosas.

El amante de Emma, entre tanto, había desaparecido: ¿en qué se ocupaba? Preparaba friamente el desenlace de aquel drama.

Auxiliado por la Marquesa, que le facilitaba cuantiosos recursos, hacia en Paris vida de calavera, frecuentaba sobre todo las salas de armas y llegó á ser tirador habilísimo y duelista de primera fuerza.

Entre tanto los Marqueses de Grandville se veían reproducidos en un precioso niño que parecía reunir, en su angelical semblante, la belleza graciosa de Emma y la arrogante gentileza del Marqués. El nacimiento de este hijo fué la señal para poner fin á la obra tan laboriosamente desarrollada.



GRANDES MANIOBRAS.—Guerrillas de caballería

Emma suplicó á su marido que la llevase á Paris: el Marqués, que nada negaba á su esposa, accedió á sus deseos.

Una vez allí, lo demás se hizo por sí solo: el Marqués y el amante de Emma solían encontrarse con mucha frecuencia en los círculos, en los teatros, en todas partes: fácil, facilísimo fué buscar querrela al Marqués: de buen fondo, pero de carácter apasionado y violento, nada más sencillo, para quien de veras se lo propusiese, que hacerle

sa de que estén viajando constantemente.

Calló mi amigo y llamando al camarero del coche le hizo convertir en camas los muebles al efecto preparados, y despidiéndose de mí se entregó poco después al sueño.

Confieso que yo no dormí.

Cuando á las seis de la madrugada entrábamos en Paris, continuaba yo pensando en *mi amigo Pepe*.

A. SANCHEZ PEREZ



LA TARDE DE UN DIA FESTIVO, cuadro por Guillermo Diez

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON